

Presentación

Fieles al propósito de establecer puentes entre especialidades y corrientes, en esta entrega de *Historiografías* hemos dado prioridad a lo que los estudiosos hoy llaman “la historia global”.

No es la primera vez que traemos aquí este ámbito. Ya lo habíamos tocado, por ejemplo, con un texto sobre la democracia moderna y sus relaciones con la escritura de la historia (núm. 9), otro sobre el hispanismo entendido como fenómeno histórico global (núm. 11), y otro sobre la historia medioambiental en Latinoamérica (núm. 12); además de haber publicado reseña de varios libros sobre el asunto. En este número los textos de David Aceituno y Ricardo Iglesias, Uxía Otero-González, Nicolás Fernández Aparicio y José Carlos Bermejo Barrera se parecen entre sí por el toque de historia global que muestran. Un comentario del llamado *Manifiesto por la historia* o *Manifiesto de Cambridge* que lanzaron en 2014 los profesores norteamericanos Jo Guldi y David Armitage, que de esto trata el ensayo de Aceituno e Iglesias; un examen de la trayectoria de la historia de las mujeres y de sus desafíos teóricos y metodológicos –el artículo de Otero-González–, un estudio comparado sobre los recursos hídricos y su papel en los siglos XIX y XX en Latinoamérica –el de Fernández Aparicio–, y un estudio del papel que juega el concepto de “traición” en las historias nacionales –el texto de Bermejo– todos ellos tienen en común el hecho de que se los puede colocar dentro del campo genérico de la “historia global”.

La noción “historia global” no equivale a una historia inmediata de la globalización, pero sí es una expresión asociada a este último fenómeno, un asunto que, como se sabe, salta a los medios de comunicación y a la ciencia social en la última década del siglo XX tras la desaparición del imperio soviético. Del tema se vienen ocupando una legión de economistas, sociólogos y politólogos, geógrafos, filósofos e historiadores. También la propuesta de una “historia global” comienza a cobrar importancia en la década de 1990 cuando pasa a desplazar a la más clásica expresión “historia mundial”. Pero una idea de esta magnitud no está libre de controversias ni de ambigüedades.

Algunos autores la consideran equivalente a la de “historia transnacional”, como hace Dominic Sachsenmaier en *Global Perspectives on Global History. Theories and Approaches in a Connected World* (2011). Otros, en cambio, como Sebastian Conrad, establecen distinciones y aseguran que la “historia transnacional” se limita a servirse de lo global “como un fondo sobre el que situar lo nacional, pero no como un contexto en el que abordar sistemáticamente cuestiones de causa y efecto” (*What is Global History?*, 2016).

Sea cual sea el alcance de la propuesta, en *Historiografías* creemos que la “historia global” se puede interpretar más que como una “nueva historia”, como la búsqueda de un estatuto epistemológico más complejo que ayude a orientarse a los

estudios históricos hoy, con sus corrientes y reflexiones nacidas en las últimas décadas; o, si se quiere, un sincretismo de criterios presididos por un enfoque que abarca a todo el planeta. Desde un punto de vista de la “política de la historia” la historia global igualmente se la puede presentar como una manifestación de lo que los norteamericanos Guldi y Armitage, en su *Manifiesto por la historia* (2014), llaman “el pensamiento a largo plazo”, esto es, la puesta en perspectiva histórica de temas de gran calado, tales como el cambio climático, la sostenibilidad de los recursos, la gobernanza internacional, el ascenso de los países emergentes, la cuestión de si existen “modernidades múltiples” y el tema del género en las sociedades actuales. De hecho, en el ámbito anglo-norteamericano, en las dos últimas décadas, el término “historia global” se viene aplicando a un amplio abanico de temas de investigación que van desde la historia local, hasta la historia de género y cultural, y se extiende por diferentes programas universitarios hasta alcanzar a periódicos y webs.

Lo que sí es cierto es que, en esta perspectiva, criterios espacio-temporales tradicionales tales como el Estado-nación, el eurocentrismo, la corta duración y “el tiempo de reserva” de los temas cercanos, han cedido el paso a lo transnacional, a las transferencias e intercambios culturales, a las memorias, representaciones, usos públicos del pasado y traumas globales, a los movimientos sociales y a la “historia del presente”.

Este número de *Historiografías* inicia su apartado de Historia y teoría con el texto de los profesores chilenos David Aceituno y Ricardo Iglesias titulado “¿El retorno de la larga duración?: reflexiones desde Latinoamérica a partir del ‘History Manifesto de Cambridge’”. En él el lector encontrará a unos autores convencidos de que actualizar o “volver” a la larga duración es una necesidad imperiosa en la historiografía latinoamericana –dado que esta, argumentan, sigue dominada por las miradas “nacionales” y los “cortos plazos”–. Pero también hallará firmes a estos autores en la idea de que se deben ampliar las propuestas del propio Manifiesto; por ejemplo, con la de escribir la “historia del presente” del subcontinente, esto es, el poner los acontecimientos cercanos en perspectiva histórica.

El texto de la profesora gallega Uxía Otero-González, “Historia, mujeres y género: de una historia sin género a una historia de género”, es un interesante repaso por la teoría y la historia de la historiografía de las mujeres, por sus métodos y desafíos. Nosotros nos quedamos con esta reflexión: “La gran tarea pendiente es la incorporación transversal de esta perspectiva”. Esto quiere decir, el evitar que la historia de las mujeres se quede en una mera “especialidad” o añadido sobre “grandes figuras”, e incorpore en cambio sus referencias y conceptos en las clases habituales de Historia así como en los estudios históricos en general.

El tercero de los artículos, “Una escuela para el odio: los demonios familiares de la historia de España” del profesor José Carlos Bermejo Barrera nos llevan a un tema que goza de un enorme empuje en la historiografía actual: el de la “deconstrucción” de los relatos identitarios, esto es, la necesidad de examinar las

claves narrativas de las llamadas “historias nacionales”; pues, como dice el autor, “ningún relato ni ninguna totalidad puede ser verdad o mentira, sino solo narraciones convincentes o no, para unos y para otros”. Se adivina aquí de nuevo el elemento transnacional de los actuales estudios sobre la historia de los conceptos, los relatos, las memorias y las representaciones en general. La consecuencia que extrae el autor es digna de figurar entre las hipótesis de la teoría histórica. Se puede resumir de este modo: en todo relato histórico de propósitos identitarios, esto es, pensado para afianzar o legitimar lo propio, se hace necesario la introducción del arquetipo del enemigo, del “traidor”. Este mecanismo tiende a convertir esa clase de narrativas en “una escuela para el odio”.

El cuarto de los textos de Historia y teoría, “El agua como objeto de análisis historiográfico en Latinoamérica”, del profesor argentino Nicolás Fernández Aparicio, se hace eco de un tema clásico de la “historia global”. Se trata de un estudio comparado de los usos –y de su historiografía– del agua en México, Chile, Perú y Argentina en los siglos XIX y XX; un trabajo de historia “medioambiental” y un tema que viene recabando la atención de los historiadores en las últimas tres décadas aproximadamente.

El apartado de Varia historiográfica viene en este número presidido por dos textos muy distintos.

El profesor zaragozano Pablo Aguirre ofrece un detallado estado de la cuestión sobre la bibliografía del retorno del exilio que se inició en España con la Transición española, “El retorno del exilio republicano español. Una revisión bibliográfica, 1977-2017”; un texto de gran utilidad para los estudiosos sobre migraciones y exilios en la España del siglo XX.

El profesor catalán Jordi Vidal, por su parte, examina un aspecto relevante del historiador español y padre en España de los estudios sobre Antigüedad Lluís Pericot García: “Lluís Pericot y la civilización sumeria”. Posiblemente Pericot fue el discípulo más importante del famoso historiador y arqueólogo Pere Bosch-Gimpera, quien fue rector de la Universidad de Barcelona durante la Guerra Civil y tuvo que exiliarse en México después. En este texto podemos ver un aspecto de la amplia curiosidad historiográfica que presidió la obra “pericotiana”, y que le viene de la influencia de su maestro.